

VASCO NUÑEZ DE BALBOA O LA SONRISA DE LA BUENA ESTRELLA

-Oh mar, qué pacíficas son tus aguas!, exclamó Nuñez de Balboa, absorto en la contemplación del inmenso y azuloso mar océano.

Esa mañana del 25 de Septiembre de 1.513, el cielo estaba despejado, luminoso. Desde la altura del cerro se abría un horizonte infinito. El mar parecía un espejo de cristal. Manso, apacible, hermoso. Estaría ~~xxxxxxx~~ destinado a llamarse Océano Pacífico, por más que su descubridor español acaba^{ba} de bautizarle con el poco romántico nombre de Mar del Sur!

Desde hace 20 años que los ibéricos soñaban con aventuras en tierras y mares lejanos. Fortuna? quizá, pero todavía nadie había regresado con tesoros aunque las leyendas se multiplicaban. Pero todos los que arriesgaron -con ~~fortuna~~ ^{suerte} desapareja- todos habían visto tierras verdes y férricas, aves y flores de variados colores, mundo nuevo y distinto. Tal vez un día encontrarán también tesoros.

-Bien valía haber corrido los riesgos que hemos afrontado, razonó en voz alta, mientras sus compañeros enjugaban el sudor. Hemos tenido que luchar duramente contra la tenaz resistencia de las tribus que hemos encontrado al paso, hemos soportado un sol desollante, ~~xxxxx~~ tormentas y truenos. La selva a destrozado nuestras ropas y desollado la carne. Las nubes de insectos no nos han dado tregua; pero ni la naturaleza, ni el hambre ni la sed nos han doblegado, hemos sido más fuertes que todos los obstáculos! Y ahora, allí está, hemos descubierto el Mar del Sur, un nuevo mar para la gloria de los reinos de Castilla y Aragón!
-Viva Fernando Quinto!, exclamó entusiasmado.

-Vivaa, retumbó en medio del suave murmullo de la montaña tropical.

A largo pasos, corriendo en trechos, ~~xxxxxxxxxxxx~~ ^{alentados por la} emoción, esos hombres que durante casi un mes habían deambulado por las selvas desconocidas, se precipitaron hacia el borde del mar. Allí clavaron las banderas de Castilla y Aragón, allí el padre Adrés de Vara entonó, solemne; un te-deum y allí, Vasco Nuñez de Balboa, tomó posesión para su rey y para España, de las nuevas tierras y el nuevo mar. Allí, recibiendo la tibia caricia de las olas, con mirada fulgurante, penetrando en la profundidad azul del cielo-mar, el joven descubridor, comenzó a navegar por ese otro maravillosos mar, la fantasía.

- Por aquí, dijo a sus bizarros compañeros, señalando hacia el Sur, por aquí iremos a conquistar ese fabuloso reino de cuyos tesoros tanto nos ha ponderado el cacique Comagre; ese reino de oro y esmeraldas. El camino ha sido duro, es cierto, pero lo hemos dominado, lo conocemos ya.

Pronto volveremos; con más hombres y pertrechos, con los que me enviará el rey, desde España. Construiremos aquí mismo los bergantines necesarios, navegaremos hacia el Sur, hasta ese reino. Cuántos tesoros nos esperan!

-Viva el rey Don Fernando, volvieron a aclamar el puñado de valientes.

+ + +

Desde que, furtivamente, huyó de La Española, esa maldita isla que consumió sus escasos recursos e iba apagando su energía, todo le había salido a las mil maravillas. Expresión lograda de una era histórica en la que la gallardía española ya no podía expresarse en la lucha contra los moros, con la sangre de Nuñez de Balboa circulaba la aventura de los viajes. El mar el aire, los inesperados riesgos de la selva lo llenaban de gozo, de emoción. Dondequiera que hubiese algo que descubrir, algo nuevo que ver, allí estaba su mundo. Su espíritu no era para quedarse en La Española, cultivando un pedazo de tierra, sorteando prestamistas y usureros, pues junto con ese grandioso espíritu de descubridores y pioneros, venían desde España, por desgracia, también todas sus lacras sociales; el fantaseador espíritu de Vasco no era, en efecto, para quedarse en La Española, criando cerdos y gallinas, formando quizá una familia devota y patriarcal, languideciendo en la bucólica melancolía de un mundo en que nada sucedía.

Pensó, ahora en su momento de triunfo, que la Divina Providencia, de la que se acordaba casi sólo en los momentos de peligro, en su sabiduría infinita, compensaba hoy sus prematuros sufrimientos.

Su arrojo, su decisión, su juventud, su desbordante simpatía le habían valido más que la fortuna y títulos de Fernando de Enciso -el mecenas y organizador de la expedición- y de Don Diego de Nicuesa -el gobernador que no pudo desembarcar en Panamá y que se lo tragó el mar- Por él hablaba el sentimiento y la pasión de aventura de los otros hombres. Sin un maravedí al bolcillo, sin capitulaciones ni cédulas ni decretos reales, una dramática circunstancia lo había convertido, en un instante de decisiones, de un prófugo en un capitán.

- Quien es ese joven estrafalarío que tanto habla con la gente, con la tripulación y qué es lo que desea?, pregunto molesto el Bachiller Fernández de Enciso, consternado en medio del mar Caribe, al recibir de los sobrevivientes que acababa de encontrar en medio mar, que sus posesiones en Castilla del Oro -hoy Venezuela- ya no existían. Sus hombres habían muerto de heridas o de inanición. Los indios habían prendido fuego a sus cabañas. Los que aún tuvieron fuerzas para ponerse a salvo, habían tomado los caminos del mar.

-Señor Bachiller, ese es el prófugo que se ha calado en vuestro barco

y que ahora tiene la osadía de soliviantar a la gente, a vuestros servidores, a la propia tripulación. Dice que debemos poner proa hacia Occidente, hacia unas costas de Panamá que dice él conocerlas perfectamente, que esa es tierra de promisión. Haced algo, señor Bachiller, que la gente está simpatizando con este atrevido!

+ + +

- Viva nuestro bravo capitán. Viva San Miguel!

- Viva! contestaron, en coro, mientras el escribano Valderrámano, ~~xxxxxxx~~ sentaba Acta de la posesión legal de las nuevas tierras, del descubrimiento del Mar del Sur, del primero que se zambulló en las olas, todo por obra y gracia del milgrosso San Miguel, en cuyo día apareció el buscado océano.

Vasco Nuñez de Balboa era el escogido de los dioses, el predilecto de la ~~xxxxx~~ esquivia diosa ~~xxxxxxx~~ de la fama.

Sus hombres, los hombres de Fernández de Enciso lo adoraban. ~~Lo~~ habían, ~~Sin~~ pedido de parte, ^{lo habían} proclamado su capitán y espontáneamente se habían sometido a su improvisada autoridad. Intrépidos y confiados lo habían seguido en la magana epopeya. El cacique Comagre y otros caciques del golfo de Darien le habían entregado muchas onzas de oro. Ya tenía con qué tranquilizar a sus voraces acreedores de La Española, ya tenía para sus hombres, la prueba de sus afirmaciones.

Cualquiera delinque en la hora que el hambre corroe las entrañas, pero el pobre, mientras más modesto más honrado, en la hora de la holgura. Honrado y además perspicaz, Nuñez de Balboa, había despachado, tiempo ha, y con adehuela el quinto que correspondía a la Corona de España, de los tesoros recibidos en tierras panameñas. Calculaba, con gran realismo, el entusiasmo que esas onzas de oro, despertará en el monarca. Pensará que la noticia correrá por toda España, junto con su fama y con la otra gran noticia enviada al rey: la existencia de otro mar que hay que descubrir y la existencia de otros reinos.

Sin esperar los refuerzos solicitados al rey, impaciente ante el no hacer nada cuando al Sur, a pocos soles, existe un mar que aun no han visto ojos españoles, alentado por sus hombres que participan de igual efervescencia, se había lanzado ya a la gran aventura.

Allí estuvo el mar, otros indios, otros caciques, otros tesoros: perlas en abundancia. La fama le abría paso, la gloria le bañaba como las tibias aguas del mar, de su mar.

-Capitán, desea algo?, le preguntó uno de sus hombres.